

3.

Ayer, sentados mis amigos
alrededor de la mesa,
ingiriendo descuidados
queso, pan y vino,
hablando sin pensar
de temas sencillos,
sin importancia,
con una sonrisa leve
rasgada en los labios,
pregunté:
¿pensáis acaso en la muerte?
No en la del ser querido,
del conocido o del extraño,
sino en la propia,
inevitable y escondida.
Silencio, serio silencio.
Me envolvió una mirada larga
silenciosa y larga,
una mirada unánime y vacía.
Callaron todos. Sonreí yo.
Ellos serios. Yo sonreía.
¡Ah, dije, glorioso el triunfo
de nuestras mujeres
en el torneo mundial!
Ah, dijeron ellos,
sonriendo,
entonces sonriendo.

4.

Vivo mi vida como si fuera eterno,
como si fuera una interminable
franja de mañanas.
Me levanto, me cepillo,

me afeitó, me baño, me visto, me peino,
me pongo los zapatos
y salgo a la calle como si tal cosa.
Pero sé que es un día más
o un día menos.
Sé que la muerte me espera
a la vuelta de la esquina.
De todas mis posibles compañeras,
sólo en ella confió,
sólo ella cumple sus promesas.
Sé que vendrá como sé que estoy vivo
y sé que se irá llevándome de la mano.

5.

El pesar eterno,
eso no eres tú.
La vida eterna, sí.
El perdón de los pecados, sí.
El amor al prójimo, sí.
La resurrección de los muertos, sí.
El pesar eterno, no.
Si el invierno es,
hazlo que no sea.
Así, señor, con un gesto,
el más noble y bondadoso de tus gestos,
destruye el infierno,
conviértelo, como tú dirías,
en polvo del olvido.
No es digno de nosotros,
tus santos,
tus amados santos,
tus hijos, señor.
No nos abandones para siempre en una cruz.
No nos hagas arder eternamente.
Haznos buenos, señor,